El P. Juan de Santiago

Diego Navarro



El P. JUAN de SANTIAGO

DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

COMPENDIO

DE SU VIDA Y VIRTUDES

POR

DIEGO NAVARRO

Sacerdote de la misma Compañía

1689 1762

CÓRDOBA. — IMP. "EL DEFENSOR"

EL P. JUAN DE SANTIAGO

Imprimi potest.
Joannes Cañete S. J.
Praep. Prov. Toletanæ

NIHIL OBSTAT

José Molina Ruiz
Censor ex officio

IMPRIMATUR

Cordubæ die 20 Februarii an. 1920
† Raymundus, *Episcopus Cordubensis*



El P. JUAN de SANTIAGO

DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

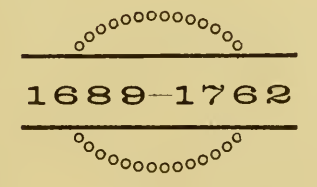
COMPENDIO

DE SU VIDA Y VIRTUDES

POR

DIEGO NAVARRO

Sacerdote de la misma Compañía



1689–1762

CÓRDOBA. — IMP. "EL DEFENSOR"


EL SIERVO D DIOS P.
virtudes
del Cielo
de Agt. de
en 25 de

Á guisa de prólogo

Al que leyere

Entre los varones ilustres que más honraron á la Compañía de Jesús en España poco antes de su expalsión por Carlos III, figura en primera linea el P. Juan de Santiago por sus eminentes virtudes, sus trabajos apostólicos y los hechos maravillosos que de él sus comtemporáneos refieren, testigos, unos de vista y otros por referencia auténtica de personas fidedignas.

Casi extinguida la memoria de varon tan benemérito en Córdoba, donde moró 42 años, entregado sin cesar y por completo á la penosísima labor de las misiones, ejercicios espirituales, predicación, visita de Hospitales y Cárceles, doctrina de niños sin que quedara un solo pueblo de esta Diócesis que no recibiera la influencia poderosa de tan apostólico hijo de San Ignacio, ha parecido un deber de justicia y gratitud y sacar del olvido al que durante tantos años fué antorcha poderosa que difundió sus luminosos rayos hasta los últimos confines de la sierra y la campiña de Córdoba.

A un Padre de la Compañía de Jesús, eminente literato, se le confió la labor de entretejer con datos dispersos y reunidos por mano solícita la vida ejemplar del P. Juan de Santiago. Escrita está, aunque en compendio esa vida, que espera ocasión propicia para ver la luz pública.

Mientras tanto, para que se conozca, siquiera en rasgos generales y como en bosquejo la admirable figura del que con justicia pudiera llamarse «Apóstol de Córdoba», he recibido el gratísimo encargo de publicar estos ligeros apuntes tomados casi todos ellos de la vida inédita antes indicada, de la carta edificante del P. Vicente Morales, Rector del Colegio de Santa Catalina mártir, de Córdoba, contemporáneo y superior de nuestro biografiado, de la Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España por el P. Astrain, en los «Antecedentes» y de algunos otros documentos que hemos podido tener á mano.

Se dedica este folleto principalmente á los cordobeses, amantes como son de sus gloriosas tradiciones y apreciadores como el que más del mérito y la virtud de los hijos de esta tierra fecunda en santos y sabios, ya que con justicia puede llamarse hijo de esta Ciudad, el que consagró toda su vida al bienestar y felicidad de sus moradores en obras de cultura social como hoy se diría.

Dígnese Dios Nuestro Señor bendecir estos lige-

ros apuntes; acéptenlos con benevolencia los cordobeses y sirva al que los leyere de edificación y modelo el humilde mortificado y apostólico varón Padre Juan de Santiago.

Córdoba 25 de Diciembre de 1919.

Diego Navarro, S. J.

NOTA.—Al usar en esta biografía la palabra *santo* ó al referir milagros ó cosas maravillosas no se pretende prevenir el juicio de la Iglesia Romana, ni que se dé á estas cosas más que fé meramente humana.

ANTECEDENTES

El Colegio de Santa Catalina, mártir, de Córdoba

Morador el P. Juan de Santiago 42 años del Colegio de Sta. Catalina de Córdoba, no está á nuestro entender, fuera de propósito, dar, siquiera sea suscinta, una ligera idea de la fundación de este Colegio, el primero de la provincia de Andalucía.

Debió su origen al noble y piadosísimo P. Antonio de Córdoba, hijo de los Condes de Feria y Marqueses de Priego don Lorenzo Figueroa y doña Catalina Fernández de Córdoba. Fué Maestrescuela de la Catedral de esta ciudad, Rector de la Universidad de Salamanca, y á pesar de su corta edad de 24 años, estaba propuesto para Cardenal de la Santa Iglesia Romana.

Entró en la Compañía en 1552 y en Enero de 1554 hizo sus primeros votos en manos del P. Nadal y á presencia de San Francisco de Borja en la Capilla del incipiente Colegio, establecido provisionalmente en las casas de la Marquesa, su madre, llamadas vulgarmente

«Casas del agua» que debian ocupar el solar de la que hoy lleva el número 6, y antes tuvo el número 3 de la actual calle de Torrijos.

Fué nombrado Rector el P. Antonio á poco de hacer sus primeros votos y aunque sólo tenía 26 años, juzgólo digno de tal cargo el P. Nadal.

Año y medio estuvo el Colegio en estas casas, hasta que el 23 de Junio de 1555 trasladóse con toda solemnidad á la casa del generoso amigo de la Compañía, el cumplido caballero, el eclesiástico respetable D. Juan de Córdoba, Deán de esta Iglesia, Abad y Señor de las villas de Rute y Zambra, movido á hacer esta fundación por la recomendación de la Marquesa de Priego y por el amor y entrañable cariño que despertó en su alma á la Compañia el ejemplo de celo y piedad que pudo observar en el P. Villanueva y en el licenciado Hermano Alonso López, huéspedes en su casa y enviados por San Ignacio á Córdoba á negociar la fundación del Colegio.

Vencidas todas las dificultades, y no fué la menor la que oponía la conducta privada del generoso fundador, que dejaba mucho que desear, el 24 de Enero de 1554 se firmó la escritura entre el Ayuntamiento, D. Juan Fernández de Córdoba y la Compañía, por la cual donó

sus casas, que ocupaban todo el perímetro comprendido entre la Iglesia del Salvador, las Escuelas conocidas vulgarmente por «Escuelas de la Compañía» y las casas vecinas, llamadas por un historiador «palacios amplísimos». Prometió construir una capilla y ofreció todo lo necesario para el culto con esplendidez en vasos sagrados de oro y plata y ornamentos preciosos, señalando renta para la fundación del Colegio

Aderezada la Iglesia y casa, la vigilia de San Juan Bautista del año de 1555 se tomó posesión de las casas de don Juan. Los dos cabildos eclesiástico y seglar con la Inquisición y toda la nobleza de Córdoba, el clero secular y regular trajeron en procesión á los Padres; al Provincial, que entonces era el P. Miguel de Torres, en medio de los Inquisidores y don Leopoldo de Austria, tio del Emperador y Obispo entonces de Córdoba y á los demás, conforme á su dignidad, al lado de la gente más principal.

Recibióles de rodillas con lágrimas de ternura y devoción el buen Deán y, hecha por todos oración en la iglesia, dió posesión de sus casas á la Compañía y, cantadas con toda solemnidad las vísperas, predicó un fervoroso sermón el Beato Maestro Juan de Ávila.

Á la mañana siguiente dijo la Misa solemne el señor don Juan y predicó en ella Fray Pedro de San Juan del Sagrado Orden de Predicadores.

Abriéronse las escuelas con cuatro clases de Gramática, una de Griego y otra de Casos de conciencia.

Afirma un historiador que, como Córdoba fué siempre fecunda en grandes ingenios, aprovechaban mucho los alumnos en las letras y concurrían, ya en los príncipios, unos cuatrocientos.

Fué tan grande la piedad de los escolares que muchos confesaban y comulgaban semanalmente, muchos se ejercitaban en oración mental; muchos se recogían á las religiones de Santo Domingo, San Francisco y la Compañía. Tanto provecho hizo, que las autoridades pensaron fundar aquí, Universidad.

El Beato Juan de Ávila al conocer tan opimos frutos exclamaba: *Nunc dimittis servum tuum, Domine.*

Tales fueron los comienzos del Colegio de Santa Catalina de Córdoba en el que pusieron la mano hombres tan santos como San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, el Beato Ávila y los Padres Nadal, Villanueva y don Antonio.

A los diez años empezó la obra de la Iglesia, hoy parroquia del Salvador, bendiciendo la primera piedra y oficiando de Pontifical el Iltmo. señor Obispo don Cristobal de Rojas y Sandoval el día 25 de Noviembre de 1564.

Terminadas las obras, bendijo el hermoso templo el Ilustrísimo señor Obispo don Francisco Pacheco de Córdoba, Prelado entonces de la Diócesis, el 24 de Enero del año 1587.

Al día siguiente se hizo con solemnidad inusitada la dedicación del nuevo templo.

CAPÍTULO I

Nacimiento y educación
1689 - 1704

El día 15 de Agosto de 1689, en que celebra la Iglesia la Asunción de la Santísima Virgen, nació en Ecija, ciudad floreciente y famosa de la provincia de Sevilla, Juan, Jacinto, Gregorio, hijo de Matías de Santiago y Catalina de Almenara, y fué bautizado en la parroquia de Santa Cruz el día 17 del mismo mes.

En el hogar cristiano de sus piadosos padres y al calor de la devoción á la Santísima Virgen, de cuya imagen cuidaba con especial esmero Matías en aquella parroquia, propagando su culto entre sus convecinos bajo la advocación de nuestra Señora del Socorro, comenzó á dar pruebas el niño Juan de que Dios le había escogido para obrar cosas grandes y adelantarse singularmente en santidad para edificación de la Iglesia, salvación de muchas almas y ser el Apóstol de la mayor gloria de Dios durante cuarenta y dos años en la ciudad de Córdoba.

La ferviente devoción á la Santísima Virgen que heredó de sus cristianos padres, fué como el carácter con que ennobleció todas las obras de su vida. Empleábase diariamente en actos de piedad y en cultos devotos á la Señora ante su imagen del Socorro en la Iglesia de Santa Cruz La eligió por Madre y de ella recibió muchos favores en su tierna edad, según él mismo afirma, y hay fundamentos para pensar que á la Señora debió su entrada en la Compañía de Jesús.

Terreno abonado para la práctica de las virtudes cristianas era la casa de Juan. Notósele desde muy niño una esmeradísima seriedad, un candor angelical, una edificante modestia y una compostura é interior recogimiento que le ganó el renombre del *Niño de la razón*.

Apenas supo leer y ya quiso emplearse en aprovechar á los prójimos, leyendo libros devotos á sus vecinos de la calle del Saltadero, que lo llamaban con frecuencia á que les leyese. Siempre lo encontraban pronto para esa espiritual ocupación y admiraban la gravedad y los afectos en que les encendía el diminuto lector. Su maestro de Gramática el P Juan de Avila afirmaba que las niñeces de Juan fueron ensayos de una virtud heróica.

Cursadas las primeras letras, estudió latinidad en el Colegio que entonces tenía en Ecija la Compañía de Jesús. Algunos de sus condiscípulos que le sobrevivieron recordaban con ternura la memoria de sus inocentes costumbres, la precocidad de su ingenio y la brillantez de su imaginación.

CAPÍTULO II

Vocación y noviciado
1704 - 1706

El trato y comunicación con los Padres del Colegio despertó y fomentó en su alma la vocación á la Compañía y logró ser admitido en ella el día 2 de Septiembre de 1704, á los 15 años de edad.

Dió principio á su noviciado en el de San Luis de Sevilla con un método ejemplar de vida que duró hasta la muerte «pues hasta ella pareció novicio en su escogida modestia, abstraido silencio y obediencia humilde Caminaba siempre ajustado á las reglas y esta constante observancia dió á conocer que caminaba para santo.»

Dos máximas fundamentales formaron como el espíritu de nuestro novicio y lo dispusieron para los diversos ministerios del Apostólico Instituto de la Compañía.

Fué la primera máxima mantener en su corazón siempre fresca y viva su vocación con el aprecio más elevado que formó de la Com-

pañía, llegando así á escalar las altas cumbres de la perfección evangélica.

Enternece sobremanera leer los encendidos afectos, que dejó escritos en un pequeño libro, del levantado amor y aprecio á «su santísima Religión la Compañía de Jesús» como él repetia con frecuencia. «Oh—exclamaba—*Religión Santísima* y madre amabilísima mia, en mí siempre con la gracia de Díos tendrás un agradecidísimo esclavo.....sin querer otra paga, que el que tú, pacientísima, lo sufras, y permitas vivir entre tus escogidos hijos y dentro de tus umbrales. Bendita, una y mil veces seas, pues tan sin interés alguno te dignáste admitírme por tu esclavo...... ¡Oh, millones de veces bendita Compañía, con qué paciencia me has aguantado y sufrido.....¡Oh Madre amorosísima de mi alma, mi deseo es el gastar mi vida toda en tu esclavitud y servicio....una y mil veces te ruego y humillado á tus piés con lágrimas te suplico que nunca me deseches de tus puertas ni me apartes de tí.....»

La segunda máxima, consecuencia de la estima que siempre tuvo al Instituto, fué el propósito de no faltar deliberadamente á Regla ó Constitución alguna. Así se lo prometió á San Ignacio y así lo cumplió, pues resplandeció en

la variedad de sus ministerios una exactísima observancia de nuestras Leyes más menudas. Consignó en el librito antes indicado que «á semejanza del angelical Hermano Juan Berchmans, serian para él todos los días de su vida alhajas únicas de estimación, el Santo Crucifijo, el Rosario de nuestra Señora y *las amadas Reglas de mi Santísima Religión la Compañía*, de las cuales tendré meditación todos los viernes.»

Sobre estas dos solidísimas máximas y la ferviente devoción á la Santísima Virgen estableció su porte en el noviciado, aventajando á todos sus compañeros en el ejercicio de las virtudes sólidas y perfectas, y en particular de aquellas que son como el alma, la savia y la vida de la Compañía: la obediencia, humildad, pobreza y mortificación.

Como síntesis de lo dicho, sirvan las siguientes palabras de un célebre maestro, connovicio, condiscípulo y compañero del P. Juan de Santiago muchos años: «Jamás ví, dice, en el P. Juan de Santiago por espacio de 56 años la menor novedad en su porte y acciones, que todas eran de un hombre de grande estudio en la virtud, y mayor en ocultarla... observé una rara constancia en su porte siempre edificativo.»

Concluidos los dos años de su noviciado se consagró á Dios con los votos del bienio, que renovó cada día de su vida, y celebraba como el más feliz de ella el 2 de Septiembre, en que logró vestir la sotana, con obsequios y ejercicios de devoción á San Esteban Rey de Hungría, por el beneficio recibido en su festividad.

CAPÍTULO III

Estudios, ordenación y primeros ministerios. Sus tribulaciones interiores. 1706 - 1719

En Carmona repitió el estudio de la latinidad y cursó la retórica en el Seminario que allí tenía la Compañía.

Con tal pureza de alma y tal rectitud de intención se consagró á estos estudios y á los siguientes que parecía la regla viva de los escolares de la Compañía. Lejos de disminuir en él el fervor en la práctica de las más sólidas virtudes durante sus estudios, juntaba maravillosamente virtud y letras con tal perfección que en las clases aventajaba á todos, dotado como estaba de un ingenio peregrino, y en casa era antorcha luminosa que edificaba con el resplandor de sus virtudes.

Tales progresos hizo en el estudio de la Retórica y oratoria que, pasmaba à muchos, dice el P. Morales, versados en la elocuencia oir en los sermones del P. Santiago practicados todos los preceptos de la oratoria, adqui-

riendo desde entonces aquel estilo limpio, enérgico y penetrante que después pareció natural. «Gozaba de numen sublime para los versos y escribió algunas obras poéticas, ocio sagrado del padre, aun en su achacosa ancianidad y en ellas se admira unida á delicados pensamientos y brillantes expresiones poéticas la unción afectuosa que solo puede comunicar el Divino Espíritu».

De Carmona pasó á Granada en donde estudió la filosofía y el primero de Teología, y la concluyó en el Colegio de Santa Catalina de Córdoba con distinguida calificación de su aprovechamiento y con un acto público general de conclusiones teológicas.

En Granada comunicó intimamente con el Venerable Padre Padial, cuyas lecciones y consejos le aseguraron en su vida interior, en su uniforme oración, en sus penitencias y en todos sus exteriores ejercicios.

Tambien tuvo trato íntimo con su fidelísimo amigo, compañero en sus primeras misiones é imitador de sus fervores apostólicos, el P. José Francisco de Molina, Profesor insigne de Teología y luego celosísimo y abnegado misionero de California. Con él comunicó con humilde sujeción todas las interiores reglas de espíritu por donde deseaba gobernarse y ad-

quirió de él aquella seguridad de conciencia que disipaba las dudas y los temores del humildísimo varón, probado muchas veces con desconfianzas, desmayos y escrúpulos, como veremos.

El año 1713 recibió los sagrados órdenes en Sevilla. El subdiaconado y diaconado los días 26 y 30 de Noviembre y el Presbiterado el 3 de Diciembre, día consagrado á San Francisco Javier en cuyo honor había de trabajar el nuevo sacerdote con gran fruto de las almas, que logró con sus novenas.

Cuatro años enseñó Retórica en el Colegio de Córdoba cultivando ingeniosamente á sus discípulos en toda piedad, y dos fué Director de Ejercitantes en el Noviciado de Sevilla.

Entró en él á servir de modelo y ejemplar á los novicios. «En aquella casa, dice con ingenuidad y candor el P. Morales, donde por domésticas no se extrañan la modestia y mortificación más rígidas, confiesan los de aquel tiempo, que se admiraba entre los novicios la penitencia y silenciosa abstracción del P. Santiago» Parece que el Señor lo llevó á estos años de retiro con oculta providencia para que se preparase en soledad á los empleos apostólicos. Y añade el citado Padre; «Córdoba y su dilatado reino, poblado de hermosas y populo-

sas villas en campiña y sierra, era el teatro destinado por la providencia á los sudores de este celoso operario».

Por este tiempo sufrió el P. Santiago grandes tribulaciones de espíritu, que son como el crisol en que Dios Nuestro Señor prueba y purifica á sus escogidos. Así consta de algunas cartas que se conservan del amadísimo maestro y director el venerable P. Padial. En una del 25 de Diciembre de 1714 le dice: «Fíe y confíe V. R. que está en amistad con Dios y que Dios le trata como á hijo en el padecer»... «esas tribulaciones traen consigo un gran bien, y es estar descontento y nada satisfecho de sí mismo y de sus obras»... «Por lo mismo que V. R. me dice, hago juicio de que está bien con Dios y que Su Majestad le ama y quiere muchísimo»... «Buen ánimo y á no dejar lo entablado»...

Con estas y semejantes expresiones disipábanse aquellas nubes que parecían obscurecer su limpísima conciencia y lo sumían en molestos y crueles escrúpulos sobre su salvación. Las palabras del P. Padial alentaban su corazón y lo animaban á seguir sin volver atrás los altos y escondidos caminos de la perfección religiosa.

En Diciembre de 1719 fué destinado otra

vez á Córdoba. Su solícito Director el Venerable P. Padial, en carta fechada en este mismo mes, le dió la enhorabuena por este nuevo destino y le anunció copiosísimos frutos en sus tareas.

Tomó el P. Juan posesión del campo de sus fatigas y en él perseveró hasta el último aliento.

CAPÍTULO IV

Profesión solemne y trabajos apostólicos en Córdoba. Misiones y dirección de las almas. 1719-1762

Nos es imposible reducir á los estrechísimos límites de un corto capítulo, este tan largo lapso de tiempo, que abraza más de la mitad de la vida del P. Santiago, en el cual desarrolló con tanta brillantez y fruto las extraordinarias prendas que recibió del Señor, para su servicio y bien espiritual de las almas, en misiones, en el confesonario, en la doctrina á los niños, visitas á hospitales y enfermos, ejercicios á toda clase de personas, eclesiásticas, religiosas y seglares, dirección de congregaciones, fomento del culto, propagación de la devoción al Santísimo Sacramento, nuestra Señora y otras más.

Por mucho que digamos, siempre quedaremos cortos; la labor fué tan intensa, constante y variada, que pasma y causa admiración abrumadora, cómo un hombre de escasa salud

pudo multiplicarse tanto, pues en *ocupaciones de las tardes solamente, aun en su achacosa ancianidad*, no podían satisfacerlas cumplidamente tres Padres laboriosos y robustos.

Ajustándonos á nuestro propósito de ser breves, daremos noticia muy á la ligera de sus principales ministerios, advirtiendo al lector que cuanto digamos es un pálido reflejo de lo mucho más que pudiéramos decir.

Trasladado al Colegio de Córdoba entregóse el P. Juan de Santiago á nuestros ministerios en toda su extensión desde el año 1719, sin que decayera un punto en su constancia y fervor hasta el fin de su vida.

Con tan buena cuenta como había dado de sí y satisfecha la Compañía de la virtud y letras del P. Juan, hizo su Profesión solemne de cuatro votos el día 2 de Febrero de 1723, estrechando de este modo los amorosos lazos que tan unido lo tuvieron siempre á su religión.

En todas partes era recibido como un enviado del Señor y venerado como santo, y sus sermones cortos y sencillos, en estilo natural, limpio y de gran propiedad en las palabras, la solidez de sus razonamientos, la exposición breve, clara é ingeniosa de la Escritura, la oportunidad en la cita de los santos Padres, robaban el corazón de las muchedumbres y

era tal la eficacia ds su palabra, que ora aterraba á los oyentes cuando flagelaba con voz de trueno los pecados públicos, ora arrancaba tiernas lágrimas de compunción y dolor á endurecidos pecadores, ora alentaba á todos al servicio del Señor, á la práctica de la virtud y el cumplimiento del deber y á la confianza en el Dios de las misericordias. «Quedaban tan atentos los concursos numerosísimos, dice el P. Morales, que no alentando el Padre la voz más que lo que sería bastante para oirlo de cerca, sin embargo resonaba en todo el templo, y desde luego se leían en los semblantes los afectos de los corazones, y todos atribuían al espíritu de celo santo la potencia de su voz, que hacía estremecer las paredes como al impulso de un trueno». A su predicación sucedían hechos extraordinarios y ejemplares que bien pudieran calificarse de milagrosos. El tantas veces citado P. Morales dedica numerosas páginas á relatar esos hechos. Ya descubría secretos íntimos de conciencia en los penitentes, ya comunicaba á objetos, bendecidos por él, virtud curativa eficacísima con los que alcanzaban la salud enfermos graves, ya anunciando á unos su porvenir, como á una jóven desconocida del Padre en Belalcázar, que al acercarse á su confesonario le dijo: «Tú, hija mía,

serás religiosa y me alcanzarás en días», sin que la jóven entónces pensara entrar religiosa ni mucho menos. Cumplióse puntualmente cuanto dijo el misionero y fué religiosa probada en trabajos y le excedió en días. Ya daba á otros la vista como en el suceso que refiiere su historiador, ocurrido el día en que celebró el Colegio de Córdoba la canonización de San Estanislao de Kostka y San Luis Gonzaga el año 1728. Obró también muchas conversiones é hizo gran fruto en las almas por medio de la novena de San Francisco Javier, de quien era devotísimo, á quien procuraba imitar en su vida apostólica. Durante la novena del Santo aumentaba en su obsequio la mortificación de sus sentidos y la penitencia con cilicios y disciplina; imitaba algunas de sus virtudes y no acertaba á hablar sino de las heróicas empresas de este varón.

En su ancianidad parece que se rejuvenecía durante la novena y admiraban todos redoblado su espíritu de eficaz persuasión

Su sabiduría, sus dones, de consejo, de prudencia y de discreción de espíritu, unidos á una suavidad de corazón y una dulzura de palabras atraía la confianza y serenaba las conciencias de los innumerables penitentes de todas clases, edades y condiciones que inva-

dían su confesonario, en cuyo ministerio ejerció actos heróicos de resignación humilde. Fué este ministerio uno de los que ocuparon más la atención del P. Santiago. Bajaba el primero á la Iglesia y no se movía de ella mientras hubiera penitentes, no terminando esta tarea hasta altas horas del día y de la noche. Los Sres. Obispos le nombraban extraordinario de todos los conventos y tenían singular consuelo cuando las comunidades de religiosas lo pedían para confesarse con él. En todas las de esta ciudad predicaba con frecuencia y las religiosas conservaban con mucha piedad la memoria de sus exhortaciones.

Durante los trabajos de las misiones, como más expuestos à la disipación por las muchas ocupaciones, ponía un extraordinario esmero en rectificar su intención y purificar su conciencia. Llevaba examen exactísimo cada día de los defectos que había cometido en sus ministerios y al fin de cada misión hacía confesión general de las faltas que juzgaba haber cometido en ella.

CAPÍTULO V

Otros trabajos apostólicos del P. Santiago

Durante muchos años dió los Ejercicios de S. Ignacio al Real Cabildo de San Hipólito y al Iltmo. de la Santa Iglesia Catedral. Ambos Cabildos honraron al P. Santiago mirándolo siempre como Director celoso del aprovechamiento espiritual de sus individuos. Los seminaristas teólogos de San Pelagio se ejercitaban de igual modo bajo su dirección Predicó con frecuencia y siempre ante numeroso concurso en la Iglesia del Colegio y en las de la ciudad y además de recorrer todos los pueblos en misiones como queda dicho, daba anualmente Ejercicios á toda clase de personas, enseñaba el Catecismo á los niños de las escuelas que en ordenada procesión recorrían las calles y plazas seguidos de un concurso númeroso que con ansia fervorosa no perdía la más breve exhortación que hiciese el Padre Santiago.

Era tal el concepto de santidad en que le tenían que se arrodillaban al besarle la mano

y con disimulo cortaban con indiscreta devoción parte de sus vestidos para conservar su memoria.

En Montoro supo un imprudente devoto cortar con tan buena y eficaz resolución parte de su manteo, que lo dejó inútil.

Visitaba casi á diario los hospitales y cárceles. En ellos platicaba, confesaba, consolaba á los enfermos y les repartía toda clase de socorros; ropas, comida, meriendas á los convalecientes y hasta su racioncita de tabaco. El hospital de San Jacinto y los Dolores, de Jesús Nazareno y de la Misericordia, fueron muy favorecidos con su asistencia y regalos. A la Carcel iba acompañado de sus congregantes y enternecia sobremanera ver en los hombros del Padre y sus compañeros, camisas, abrigos, colchones y todo cuanto necesitaban aquellos desgraciados para su vestido y abrigo.

En estas ocasiones veían todos su semblante bañado de una alegría celestial.

No tenía sosiego ni quietud su heróica caridad cuando se trataba de aliviar las necesidades del prójimo. Acudía á los barrios extremos de la ciudad y no había miseria que no aliviase

En la portería del Colegio y en la sacristía repartía á manos llenas cuantiosas limosnas

que ponían en sus manos los admiradores de la caridad inagotable del P. Santiago. Refiere su Rector hechos muy curiosos con que el Señor se complació en premiar aquella su compasión por los pobres, como los siguientes entre otros. En una de las meriendas con que regalaba á sus enfermos del hospital tuvo tan mala mano el portador de una olla de albóndigas que la dejó caer al suelo, haciéndola añicos. El Padre unió prontamente los deshechos cascos y repartió sencillamente sus porciones á cada enfermo sin que se notase mengua ni aun en el caldo.

Había enviado para la asistencia de una enferma una anciana de muy buena voluntad, pero de corta expedición para los quehaceres domésticos. Esta, al quitar del fuego una chocolatera de barro, única en la casa, y con una sola onza de chocolate, se quemó y dió en tierra con todo el consuelo de la enferma y con toda la provisión de su alivio. Una hermana de la doliente se impacientó con la *desgracia* y exclamó *«¿Estos son los alivios que á mi me envía el P. Juan?*

Al instante llamó á la puerta el Padre y entre bromas y veras le dijo: «Si tú te hubieras quemado hubieras hecho la mismo» «Toma ese bollo de chocolate y suple el que se derra-

mó, pero cuidado con la paciencia.» La atribulada anciana quedó muy consolada con tal defensa.

Desazonada se hallaba una pobre mujer con la muerte de una gallina útil por lo fecunda; acudió al Padre mostrándola yerta.

«No puede estar muerta, dijo, pues ha de poner muchos huevos que estos hacen falta en casa de los pobres». Tomóla de una ala, sacudiola dos ó tres veces y ella, empezando á aletear, se fué corriendo á cumplir con el oficio á que la destinaba la caridad.

Para terminar de algun modo este capítulo, pues nos haríamos interminables, recordaremos los innumerables beneficios que toda la ciudad de Córdoba recibió del compasivo y generoso P. Santiago en la epidemia del año 1738.—A la carestía grande que se experimentó en toda Andalucía los años 1734 y 1737 se siguió en Córdoba una cruel epidemia que diezmaba la ciudad y la llenaba de consternación. Entónces mostró el P. Juan de una manera extraordinaria su caridad y los recursos ingeníosos de su corazón compasivo. Toda la ciudad agradecida lo admiró continuamente afanado para socorrer á los pobres y consolar á los enfermos. De casa de los ricos sacaba gruesas limosnas que, solícito como una madre, repartía entre aquellos.

Fué tanto lo que se multiplicó y tanto lo que repartió, que un eclesiástico, refiriéndose á este tiempo de epidemia y carestía, informa así: «Lo que vimos de la caridad, de la humildad y de la fé de este varón, no puede recordarse sin llanto»

CAPÍTULO VI

Conducta de vida, penitencia asombrosa y extremada pobreza

Fiel á aquellas dos máximas de que hablamos en el capítulo II, su amor á la vocación y á la Compañía, y la observancia de las reglas á semejanza de San Juan Berchmans, no decayó un punto de sus propósitos, antes adelantó cada día en la práctica de las virtudes propias de su estado é Instituto y corrió como gigante esforzado los caminos de la perfección.

De su libro de piedad extractamos lo que practicaba para no desmerecer nunca del fin de su vocación en procurar la mayor gloria de Dio, con su salvación y perfección de su alma y la de sus prójimos.

Dá principio por una total entrega de sí mismo á Dios. El domingo lo consagraba á Jesús Sacramentado y rogaba por todas las necesidades del mundo, de la Compañía y su provincia, de su familia y por las almas del purgatorio.

Con igual fuego de caridad consagra el lunes á honra y gloria de la Santísima Trinidad; el martes al Santo Angel Custodio con los demàs espíritus angélicos; el miércoles honraba á Santa Bárbara y á todos los mártires; San Ignacio con el coro de los confesores era objeto de sus cultos los jueves; el viernes lo dedicaba á la sagrada pasión de Jesucristo, y el sábado á la Santísima Virgen.

«Procuraré, decía, vivir siempre á lo sincero y natural, sin artificio ó fingimiento... y siempre llevaré por regla de cuanto hiciese en público y en secreto, no hacer cosa que desdiga de lo bueno ó que disuene á la buena razón». Después de pasar la noche, como él confesó una vez á los médicos, «rodando por las sillas de su aposento donde, si una le quitaba el sueño, otra se lo pegaba», bajaba muy de mañana á celebrar la Misa, sin que los rigores del invierno, ni los temores y desolaciones que padeció, le hiciesen dejar de celebrar con tal recogimiento y fervor que siempre tuvo oyentes, atraidos por la piedad y devoción que comunicaba á los que tenían la suerte de verle en el altar. Celebrada la Misa, se iba al confesonario, y allí se mantenía hasta muy tarde, dirigiendo innumerables almas que le asediaban y no le dejaban punto de reposo.

Del confesonario huía propiamente á su aposento, que fué por muchos años el más incómodo de la casa. Aquí se preparaba para cumplir con espíritu sus ministerios, evitaba toda conversación, pero si le buscaban, ó para consuelo ó para consulta, al punto daba entrada y con afabilidad extrema, aunque con igual brevedad, oia y servía.

Visitaba con frecuencia, como queda dicho, además de los hospitales á los pobres y enfermos en las casas y en estas visitas solía rendir á sus compañeros.

Para todos tenía siempre este incansable operario y sólo se negaba á aquellas visitas que tienen nombre de cumplimiento.

Aprovechando asi el tiempo podía en la cuaresma predicar tres y cuatro pláticas cada tarde, sin dejar las ordinarias y constantes de entre año.

¿Qué decir de su penitencia? Causa asombro leer lo que refiere el tantas veces citado P. Morales, sobre su constante empeño en buscar siempre la mayor mortificación en todas las cosas posibles. Excedió las comunes fuerzas y solo llevado del divino impulso, pudo practicar sin quitarse la vida, rigores de tanta duración y de tan cruel tormento. Su ayuno era tan extremado que sólo tomaba

lo que era estrictamente necesario para mantenerse, y siempre de lo más grosero. Unas cuantas sopas migadas en la taza de caldo y tres ó cuatro aceitunas.

Su vestido interior de cilicios y la maceración de su cuerpo con sangrientas disciplinas dan confusión y causan espanto á nuestra debilidad y flaqueza. Después de su muerte se descubrieron los horrorosos cilicios que usó durante muchos años. Hallósele uno que le cubría todo el cuerpo, de más tormento aún que la opresión de puntas, alambres y cerdas. «Descubrí, dice su Rector, después de su muerte, una arquita con los instrumentos de su penitencia: el ánimo más mortificado se llena de horror al ver tantos y tan variados artificios, para hacer guerra á sangre é hierro á un cuerpo atenuado por los ayunos. Hallé en ella muchos cilicios de alambre para brazos y muslos de diferente anchura: uno de cuatro dedos de ancho y de espesas puntas para la cintura, cruces de diversos tamaños armadas de puntas de alambre para el pecho y para las espaldas. Traía al cuello una cadena de hierro que ceñida al pecho y bajándole á la cintura le hacía andar inclinado.

Este número tan crecido de instrumentos de mortificación obliga á exclamar al P. Morales:

«tiró el Padre, no sólo á castigar, sino á destrozar su pequeño cuerpo»

Su pobreza corría parejas con la mortificación de su cuerpo. «Ver al P. Santiago en nuestra casa y en la calle era ver un retrato de aquella pobreza aseada y edificativa que piden nuestras reglas. No obstante, su vestido, su habitación y su comida querían pasar en algo de religiosa moderación á mendicidad extrema. A su ancha y corta sotana y á su reteñido manteo no hubo sujeto tan antiguo en el colegio que pudiera dar fe de los años de servicio. Ropa interior usaba poca porque hacían sus veces los cilicios... Toda la ciudad tenía ya en opinión de perdurables los zapatos y el sombrero del P. Santiago, aquellos no se sabe como duraban, sirviendo en la tarea de tantos ministerios, mas este podía tener alguna excusa en el buen trato que le daba el Padre, pues siempre en la mano, iba como alhaja de respeto: los ciudadanos no se atreven á afirmar si alguna vez los soles ó las lluvias dieron á este sombrero el honor de que cubriese su venerable cabeza. En su habitación no tuvo en que tropezar con reparo la más delicada pobreza. Aquí se daba con un arca viejo que era la ropería de los pobres

y allí con canastos y pucheros para repartir las limosnas: en fin apenas habia donde ponér con libertad los piés, pero donde quiera que se ponían los ojos, se daba con la edificación...»

CAPÍTULO VII

Su amor á las humillaciones
Su castidad y obediencia heróica

Copio del P. Morales: «Deseaba hartarse de desprecios y quisiera hallarlos en todas las criaturas, reputándose la más vil de ellas. Este deseo, que llegó á ser ansia, le dictó extraños modos de procurar la desestima de su persona y el menosprecio de sus prendas. Fué invención, la más ingeniosa, aquella giba que fabricó su penitencia para hacer más despreciable la pequeñez de su estatura; giba de crecientes y menguantes, que tanto dió que pensar en su vida á la observación curiosa. Era de agudo ingenio y con artificio santo preguntaba las cosas sabidas para que lo tuvieran por tardo de inteligencia».

En su estimación era el jesuita de más cortos talentos que mantenía por pura caridad la religión, reputándose por carga inútil y estorbo en ella.

En cuanto hacía y en cuanto hablaba se transpiraba su humildad.

El estudio continuo de no parecer virtuoso ni humilde, es á juicio de muchos el acto más heróico de humildad y la recomendación más firme de las solidísimas virtudes del P. Santiago.

Veamos en comprobación de lo que venimos diciendo algunas de las humillaciones que practicó: «No me detengo, dice su Rector, en aquellos actos de humildad que se practican en nuestros refectorios y cocinas, pero si es digno de reparo el espíritu con que los ejercitàba, pues los sirvientes, acostumbrados á ver fregar á nuestros sujetos, se suspendían viendo al Padre en esta maniobra. Todo lo hacía con alegre prontitud y con aseo tan puntual, que parece había nacido para *fregador* como él decía con gracia cuando le alababan su buen manejo. Se le veía asear el altar de su amada Señora del Socorro, encender sus luces, echar los perros de la iglesia y barrer su puerta, eran las delicias y el desahogo de sus graves ocupaciones... En las funciones de comunidad tomaba siempre lugar entre los hermanos coadjutores, y lo hacía de tal modo que se reparaba poco en ello. Acompañaba al Iltmo. Sr. D. Vicente Cebrián y Agustín en la visita que hacía á un convento: el Prelado tuvo que andar buscando á cada instante al Pa-

dre, pues cuando volvía á consultarle algo creyéndole á su lado, lo hallaba con el último de sus pajes. Así anduvieron en continua lucha, dice con gracejo su historiador, el honor del Iltmo. y la humildad del P. Juan.

Nombrado Rector del Colegio de la Asunción de esta ciudad, sólo duró ocho días en esta ocupación. Volvióse al Colegio de Santa Catalina, porque no descansaba con aquellos visos de dignidad. Preguntábanle la causa de esta repentina huida y solía responder con humilde chiste: «*Fui á barrer el Colegio, y luego que en él no quedó más basura que yo, por dejarlo limpio me vine*».

Nos haríamos interminables si tratáramos de seguir al autor de la carta edificante en la narración del ejercicio de la humildad, practicada en grado heróico por el humildísimo Padre Santiago. Baste lo dicho para formarse una idea remota de la perfección suave á que llegó en la virtud fundamental y raiz de todas las virtudes.

⁂

La virtud angélica, que eleva el espíritu á la pureza de las delicias eternas, es el triunfo de nuestra fé, la flor más hermosa que ha he-

cho salir de la tierra el cristianismo, el punto más alto de la belleza moral á que ha podido llegar la humanidad caida, punto que confina con el lugar que ocupa la naturaleza angélica. Los Padres de la Iglesia para celebrarla se han servido más bien del lenguaje de la poesía que del de la elocuencia.

Esta virtud, que hace de los hombros ángeles, es compañera inseparable de la humildad. así como el vicio opuesto suele ser consecuencia del orgullo y la soberbia. Por lo que deja mos dicho de la humildad del P. Santiago, podremos colegír cuál sería la hermosura de aquella alma, y cómo guardaría esta joya preciosa, procurando imitar la pureza angélica con la limpieza del cuerpo y mente. Guardaba en todo y en todas partes un grandísimo recato y un desvelo el más solícito. Fué la castidad el blanco y el atractivo de su corazón. Sus palabras eran puras como la luz y consumían también como el fuego en los corazones las escorias groseras del vicio opuesto. Sus acciones salian gobernadas de una modestia tan grave, que á su vista temblaban y huían los menos arreglados. Cuando en el púlpito tenía que declamar contra los desórdenes de la carne, lo hacía siempre indirectamente, pues este ángel, así lo llama el P. Morales, no

quería ni para la reprensión manchar sus labios. Hablaba con tal eficacia de la pureza, que movía al amor de ella aun á los más libertinos y escandalosos.

Esta discretísima pureza que usaba en sus sermones obligó á decir á un maestro del Colegio, que el P. Juan hacía más guerra á la disolución licenciosa con el silencio castoque otros predicadores con sus largas y acres invectivas.

Su corazón se abrasaba con los deseos de una pureza angélica y quería imprimirla en los corazones de todos, así se lo pedía á la Santísima Virgen, desahogando sus amores á esta virtud con afectos ternísimos que dejó escritos.

Era tal el recato que usaba consigo, que fué necesaria toda la autoridad del Superior para despojarse en sus enfermedades del vestido interior. En su última enfermedad su mayor tormento y el mayor sacrificio que hizo á la Regla, que nos manda, entregarnos con resignación en manos de médicos y enfermeros, fué dejarse descubrir para vegicatorios y otros apósitos externos. Todos estos menesteres los hacia por sus propias manos sin admitir el socorro del enfermero rechazando sus instancias con festivos chistes» Siervo vigilante hasta la

muerte, que le halló vestido y ceñido en obsequio de la modestia.

***

Es la obediencia la virtud característica de los hijos de San Ignacio. «En otras religiones, dice el Santo Patriarca en su carta de oro de la obediencia, —podemos sufrir que nos hagan ventaja en ayunos y abstinencia y otras asperezas que según su Instituto cada una santamente observa, pero en la puridad y perfección de la obediencia, con la resignación verdadera de nuestras voluntades y abnegación de nuestros juicios, mucho deseo, Hermanos carísimos, *que se señalen los que en esta Compañía sirven á Dios Nuestro Señer y que en esto se conozcan los hijos verdaderos de ella*».

Esta resignación de la voluntad y la abnegación del propio juicio fueron juntamente con la humildad el carácter y como la fisonomía moral del P. Santiago. A esta obediencia sujetó todas sus obras, sus afectos, sus dictámenes. Fué obediente, no sólo en la exterior ejecución, de lo que el Superior mandaba, sino mucho más en la voluntad alegre con que abrazaba sus insinuaciones y en la sujección de su propio juicio al juicio de quien le gobernaba.

Era el corazón del P. Santiago en manos de los Superiores como blanda cera que se doblegaba á cuanto quería la obediencia Iba, si le mandaban, y con la misma tranquilidad cesaba en cualquier empresa, por grande é importante que fuera. Los Superiores estaban seguros de que tenían á mano un sujeto con que suplir en los ministerios las faltas de los demás.

Si repentinamente caía enfermo el que había de predicar, si para las confesiones, para dar los ejercicios, si para asistir á las cárceles se hallaba el Superior falto de sujetos, en recurriendo al P. Santiago se cumplia á satisfacción con todo. Hubo ocasiones en que el Superior, viendo achacoso al Padre en su ancianidad y con la carga de sus ministerios, llegó con algún encogimiento á encargarle éste ó aquel oficio de que otros se habían descargado por falta de salud: y halló en su pronta alegria un espíritu tan superior á todo trabajo con la fuerza de la obediencia, que sólo le fatig ba aquel encogimiento con que el Superior insinuaba su voluntad.

Se esmeró tanto en esta virtud, que jamás le vieron los superiores acudir á ellos con aquellas representaciones de humilde indiferencia, que caben en una obediencia religiosa.

Vivió donde le pusieron, vistió lo que le dieron, trabajó en los empleos que le señalaron, sin representar ni pedir cosa alguna, sino es que resultase mayor mortificación suya de la petición ó de la conmuta. Tal fué en su habitación y en su vestido; aquella procuró fuese la más incómoda de la casa por muchos años; éste cuidó siempre que fuese desechado de otros. El aposento, sobre oscuro, era frío y lleno de goteras, que caían sobre la cama. A los que le aconsejaban que representase esta incomodidad tan nociva y peligrosa, respondía: *todo es bueno, y me vá bien donde quiera que me ponen.*

Rindió siempre los dictámenes de su celo al juicio de los superiores y sacrificó á sus órdenes las repugnancías de su humildad.

De tal manera se imprimian en su entendimiento los juicios del Superior, que posponía los suyos propios y se rendía y alababa los ajenos como los más acertados y condenaba al suyo propio de errado por falta de capacidad y de prudencia. «Puedo decir, afirma el Padre Morales, que fué víctima de la obediencia, sujetándose por el amor de esta virtud á cosas las más repugnantes á su inclinación y genio».

CAPÍTULO VIII

Celo por el culto divino. Devoción á la Santísima Virgen y San Rafael

Llama de amor ardiente á Dios Nuestro Señor consumía al P. Santiago y la manifestaba en el celo activo por el decoro de la casa de Dios y majestad del culto. Su presencia en el templo edificaba á todos, aun los más tibios, en el conocimiento de la veneración que pide la majestad de las iglesias, se llenaban de compostura con una sola mirada del P. Santiago. Se consumía así que observaba alguna menor decencia en el aseo de los altares ó en los sagrados vasos y ornamentos. Trabajó para que se reparasen muchas iglesias del obispado y apenas hubo alguna que no tuviera pruebas de este celo del Padre. Empleó cuantiosas limosnas en surtir las parroquias del obispado de vestiduras sagradas, como amitos, albas, casullas, etc.

Con grande actividad promovió los cultos, ya hacía tiempo olvidados, á la devotísima imagen de Jesús Crucificado, *el Cristo de las Animas* en su ermita del Campo de la Verdad.

Levantóse una nueva más ámplia que la

antigua, se adosó primorosamente, se proveyó de ornamentos y misa diaria y todas las noches había lección espiritual, rosario y otros ejercicios devotos á los que concurrían muchos fieles. Esta devoción de los vecinos del Campo de la Verdad se ha venido trasmitiendo de padres á hijos hasta nuestros días, y para perpetuar la memoria del celoso restaurador del culto de esta imagen se conservaba en la sacristía de la ermita un retrato al óleo del P. Santiago hasta hace poco, que un voraz incendio destruyó la ermita y consumió muchas de las cosas que en ella había, entre otras el retrato del Padre. El Santo Cristo quedó mal parado, hecho pedazos. Restaurado admirablemente por un artista y levantada de nuevo la ermita, gracias á la iniciativa del celoso párroco, á la cooperación de un caballero cristiano y á las limosnas recaudadas entre el pueblo cordobés, pudo abrirse de nuevo al culto de la devota imagen la antigua ermita.

Devotísimo de la Santísima Virgen, como queda dicho, promovió su culto en sus predicaciones, en el confesonario y en todas las ocasiones que trataba con prójimos. Monumento perenne de su amor á la dulcísima Reina de los Angeles, es el hermoso retablo com-

puesto de escogidos mármoles, labrado con exquisito primor y consagrado á la Santísima Vírgen del Socorro, en la Iglesia del Colegio. Tenía su confesonario frente á este altar, y cuando no oia confesiones, se le vió muchas veces arrebatado en altísima contemplación. En su adorno gastó cuantiosas sumas, ya en ramos, ya en relicarios vistosos y de valor, ya en alhajas de plata.

Para alivio de las almas del Purgatorio fundó la Hermandad del Socorro y el Señor premió su celo con sucesos extraordinarios.

Resplandeció singularmente su devoción y afecto entusiasta con el Custodio de Córdoba San Rafael. No hubo casa adonde no hiciera llegar una devota estampa del Santo Arcángel; erigió el hermoso triunfo que aun hoy admiramos frente á la antigua iglesia de Santa Catalina, con una dedicatoria que muestra cuanto era el amor del P. Santiago á San Rafael. Por su iniciativa se restauró la imágen que se venera sobre el Guadalquivir; deseó que se erigieran otros monumentos á semejanza del levantado por él, y el del Alcázar, hoy Cárcel, el de la plaza de Aguayo, y el magnífico que se levanta entre la Catedral, el Palacio episcopal y el Seminario se deben ó á su dirección ó á su consejo, aunque éste último fué levantado después de su muerte.

CAPÍTULO IX

Santa muerte.—Solemnes exequias

Los últimos siete años de su vida los pasó el P. Santiago en una contínua preparación para la muerte. Pidió al Señor le concediese morir entre desamparos y congojas para imitarle en las agonías de la Cruz. Esta petición inspirada de un amor vehemente á la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, lo puso en tal prueba de espíritu que conturbó su corazón, inmutó su salud y debilitó su cuerpo. Creyó en su profunda humildad que sus pecados y la tibieza de su vida eran ya insufribles á los divinos ojos: acusaba sus pasados años como perdidos entre perezas y entre ingratitudes, y con la opresión de estos humildes sentimientos se renovaron los antiguos temores de su salvación. El terremoto del año de 1755 aumentó tan profundamente su temor á Dios, que quedó sumergido en un mar de tímidas aflicciones de espíritu. Redobló el Señor tanto el peso de la tribulación, que le hizo llegar á las puertas de la muerte.

Hay indicios para creer que conoció con luz superior el día supremo. A una persona de su confianza dió escritas el año 1740, 22 antes de su muerte, las siguientes palabras: «Día del nacimiento del Niño Jesús, día de mis dichas , aludiendo al dia de su muerte.

Meses antes de salir de este mundo decía á sus penitentes:

«*Busquen confesor porque yo me muero, y me enterrarán en la bóveda de la Comunidad con mis Hermanos*». Esta adición, dice el P. Morales, que tenía visos de ociosa, es una de las profecías del P. Santiago, pues fué necesario contrarrestar los más autorizados esfuerzos para enterrarle en la bóveda común.

Dispuesto el siervo de Dios para la última hora, puede decirse que murió como buen soldado en el campo de batalla. Agobiado de sus cilicios, más que de sus años, y casi baldados los pies por su mortificación, no andaba ya, sino que se arrastraba. No podía hablar y, sin embargo, se ofreció para los sermones del Adviento de 1762.

A pié en medio de lluvias y recios temporales, acudió á dar los ejercicios al Real Cabildo de San Hipólito en el mes de Noviembre de dicho postrer año de su vida, y últimamente al Iltmo de la Santa Iglesia Catedral. En esta

tarea de sus fervores apostólicos se rindió su salud. Una fuerte calentura le postró en cama y calmada algún tanto, bajó la víspera de la Inmaculada á la iglesia y predicó é hizo la exhortación de la tarde. Asistió al día siguiente á los ejercicios de la Congregación, recibiendo las últimas respiraciones de su ardiente celo aqnella soberana Madre que le inspiró su vocación á la Compañía.

Despidióse con tiernos afectos de su venerabbilísima imágen del Socorro y rendido por la fatiga y falto de respiración, subió á su aposento y á los pocos días, debilitadas sus fuerzas, agobiado por las interiores desolaciones, postróse en cama y fué necesario administrarle los últimos Sacramentos, que recibió con gran fervor, arrancando lágrimas de ternura á la comunidad, que asistía al solemne acto con hachas encendidas. El día 21 de Diciembre le visitó y consoló con la bendición papal el Iltmo. Prelado D. Martín de Barcia. Al penetrar el Sr. Obispo en la habitación del siervo de Dios, dijo éste lleno de confusión: «¡Qué visita, Iltmo. Sr., tan perdida y tan mal empleada!»

«Llegó el día 25 de Diciembre, copiamos del P. Morales, día que había celebrado siempre el P. Juan de Santiago con dulcísimos

afectos, y al ponerse el Sol, como á las cuatro y veintisiete minutos de la tarde se extinguió aquella luz, que había ilustrado con ejemplos de santidad este Colegio, esta Ciudad y este Obispado. En el ósculo suave de las llagas de Jesús dió a los 73 años, 4 meses y 10 días de su edad, el último aliento este apostólico varón, que llenó el ministerio de su vocación, que consumó con perfección los empleos de su vida religiosa y que, peleando con esfuerzo en las empresas de la mayor gloria de Dios, guardó constante la fé que había prometido a su capitán Jesús.»

Al correr por la ciudad la noticia de su muerte, todo el pueblo acudió presuroso al Colegio a llorar su pérdida unos, otros a ofrecer sus obsequios, y todos a sacar de las manos del P. Rector algún objeto de los que habían pertenecido al P. Juan de Santiago.

Tres días estuvo expuesto el cadáver en una de las clases de Gramática. Un crecido concurso de todas las clases de la sociedad acudió a besar los pies, a poner sobre sus cabezas las manos del Venerable cadáver y a coger con ansia fervorosa las flores esparcidas por el cuerpo.

Se rendían los Padres y Hermanos del Colegio, de tocar contínuamente rosarios, meda-

llas y lienzos a aquellos restos inanimados y se sucedían unos a otros. Más de una vez le arrebataron los ornamentos sacerdotales, el bonete y el calzado, sustituyéndolos por otros de más valor y guardando aquellos como reliquias.

Celebráronse las exequias el día 28 ante un gentío inmenso que llenaba el templo y la plaza. Fué conducido el féretro en hombros de los canónigos de la Real Colegiata de San Hipólito, honroso obsequio que quisieron tributar al que fué su Director, Maestro y padre de su espíritu. Terminadas aquellas fué enterrado el P. Juan de Santiago en unabó veda especial construída para este objeto entre las otras de sus Hermanos, como él había anunciado. Cerraron la caja con tres llaves el Doctor Don Juan Antonio Carrascal y Velli, Chantre de esta Santa Catedral, el P. Ministro del Colegio y e Señor Doctor Don Pedro de Cabrera y Cárdenas, Dean. Una de las tres llaves la ofreció el P. Rector al Ayuntamiento y otra al Cabildo Catedral, que aceptaron las dos corporaciones como un tesoro de veneración para su aprecio.

El P. Morales dedica largas páginas para describir los honores que recibió el P. Juan de Santiago después de muerto, las que omi-

timos por no permitirlo la brevedad que nos hemos propuesto al escribir esta corta biografía.

Al año de su muerte celebráronse honras fúnebres solemnísimas en la Iglesia del Colegío en las que ofició el Ilustrísimo Prelado Don Martín de Barcía y tuvo la oración fúnebre el Señor Don José de Baena, Rector y Catedrático de Teología del Seminario de San Pelagio y Prebendado de la Santa Iglesia Catedral.

En un folleto de 64 páginas impresas se describen estas honras con tal lujo de pormenores y tal abundancia de datos que, á juzgar por lo que hemos leído, hubieron de resultar verdaderamente regias.

Se erigió un elevado túmulo de unas 17 varas, divido en tres cuerpos y llenos de blandones hasta más de quinientos. El catafalco, los altares de toda la iglesia, los arcos y columnas se cubrieron de colgaduras negras y versos en latín y castellano todos en obsequio y panegírico del difunto. A 23 llegan las composiciones que se fijaron en el catafalco, columnas, puertas y ventanas.

Estas solemnes exequias como las del entierro del P. Juan de Santiago las ofrecieron y costearon por su afecto y devoción al que

había sido durante muchos años su discreto Director, la Excelentísima Señora Doña María Josefa de los Ríos y Narvaez, Marquesa de las Escalonias y Doña María del Rosario de Hoces y Venegas, Condesa Viuda de Hornachuelos. «Estas virtuosas hijas, dice el P. Morales, no permitieron en otro cuidado los honores de su difunto padre. Por este piadoso empeño no pude admitir sino agradecer las distinguidas ofertas con que el Señor Don Juan Alfonso de Sousa y Portugal; Marqués de Guadalcázar, solicitó como hermano (lo es de nuestra Compañía por carta de hermandad un funeral decoroso».

CONCLUSIÓN

Terminaremos esta brevísima narración con unas palabras en que el autor de la carta edificante resume atinadamente todo el carácter y virtudes del P. Juan de Santiago.

«Esta es la imágen de un varón señalado por sus virtudes entre los muy ilustres que ha producido nuestra Compañía en este siglo.

La heroicidad de sus acciones inspira alientos a los que trabajan en los ministerios apostólicos de nuestro instituto. La Santidad de sus ejemplos debe mover a los fieles á la práctica de las virtudes. Estas se unieron todas en el corazón de un justo, que tuvo por norte la mayor gloria de Dios y solo compitieron, en cual se había de ocultar más con el velo de la humildad, que fué la que jamás pudo esconderse de nuestra veneración.

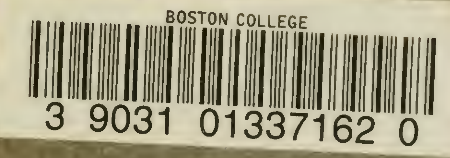
..La inocencia de costumbres le hizo angel en el siglo, la obediencia exacta de nuestras santas reglas le hizo perfecto en la religión; las tareas apostólicas y confesonario lo acreditaron de infatigable y celoso operario en la viña del Señor... Todos le hallaron sufrido, in-

mutable, penitente y pobre... Varón, en fin, que vivió abrasado de amor de Dios y que murió con ardiente sed de padecer, y estrecharse en una misma cruz con su Señor.

A. M. D. G.

ÍNDICE

Páginas


BOSTON COLLEGE
3 9031 01337162 0



